

Poesía y Libertad

YA concluye este verano. Como todos, nos permitió soñar. El abrumado hombre del burgo saca la nariz de la nube de smog y advierte, sorprendido, unas playas, unos crepúsculos, ciertas montañas, flores silvestres. Después, se recoge, entra en su cueva. La vida ¿no está en la naturaleza? No somos pajarillos ni azuleños. El verano nos permitió soñar con la libertad. Pienso en ella. Tal vez hablé de otra cosa que de la democracia. El Gran Ojo que Fosforece, no me pierde pisadas. También andamos en el verano buscando el amor, que es lo opuesto a la libertad, ancla prodigiosa, sentido total. En fin, muchos problemas. La censura, otro. ¿Por qué nos detenemos? En el umbral de la conciencia, ya está el censor. Con ayuda externa, se transforma en un monstruo, nos enmudece. O nos convierte en mentirosos. Escarbo libros. "El mundo está de más", dice Sartre. Fue al revés. Condenados a vivir hasta la muerte en lo que Gabriel Marcel llama "el lazo nupcial del hombre con la vida". Todo sucede en este matrimonio. Sábado afirma de Sócrates inventó la razón porque era un insensato, y Platón repudió el arte porque era un poeta.

No somos tan simples

Lo que intento decir en este desorden de postrimerías del estío (del estío) es que el hombre no puede resignarse a la poltrona espiritual, a la pantuflería de la razón práctica. Imagen: Pedro Henríquez Ureña atravesando a medianoche una ciudad —¿Buenos Aires?— cargado de libros "para acudir en ayuda de un amigo".

Oportunidades del arte para el vuelo. Seguir luchando. Mientras tanto, resistir el abajismo. "Al encontrar a Dios fue como un colirio en mis ojos espirituales" —dijo no ha mucho "El Puma". ¡Habrás visto felino más cursi! El predicador norteamericano Jimmy Swaggart contó ante quince mil emocionados nicaragüenses que cuando venía en su avión privado de profeta se le apareció Jesucristo comunicándole su amor por el Presidente Daniel Ortega. "Yo amo a ese hombre", le dijo. Atento Dios con Swaggart. Y oportuno.

En voz baja

Se me acumulan libros de poetas. Unos, con rostro. Otros, nombres, palabras. De pronto me encuentro con tres, de Ludwig Zeller. Dos en inglés. El poeta vive en Toronto. Hace muchos años deambulaba por el Forestal con una cantante de ópera, joven y carnuda. A una señal de Ludwig ella estrechaba los árboles con poderosas arias wagnerianas. Era Carmen mezclada con Mimi. Alguna vez dije de este Ludwig flaco, encorvado, que hablaba sin tregua de surrealismo. En la Cultura del Forestal, y por contraste con la walkiria, todos coincidimos en apreciarlo como más bien de baja estatura física. La diva le fue arrebatada por un pintor Don Juan, que, como corresponde, murió transformado en un mendigo. Ludwig siguió achicándose. Pasó el tiempo. La cantante atronaba en bares y casas de cena. No sé más. En cambio, Ludwig, liberado de esta maldición, recuperó su estatura. ¡Era alto!

Siempre andaba editando revistas, libros, traduciendo, descubriendo. De pronto, a Canadá. "Ludwig Zeller, a Celebration" se titula uno de sus libros de jubileo. Se trata de un poema, "El falsán blanco" que aparece en su facsímil manuscrito y sus traducciones al inglés, francés, tagalog, esperanto, chino, catalán, italiano, tamil, árabe, ruso, coreano, holandés, latín, rumano, estonio, thai, indonesio, latviano, persa, yidish, etc., etc. El falsán se eleva en caso todas las lenguas del mundo, acompañado por bellos "collages".

Todas las puertas dan hacia la

[Noche.
Todas las aves vuelan hasta el
[fárbol del llanto
la nieve cae, si te vuelves cae y
[semeja el plumaje del silencio,
ese rostro cerrado de la bruma.

El poema es hermoso, sin las dislocaciones risueñas y frías de la inteligencia en juego del surrealismo. Por cierto Bretón toca fondo en "Nadja" que es alucinación pura, dejarse ir. Las partes débiles de esta maravillosa novela son justamente las teorizaciones. Como si la poesía fuese algo externo que llega de visita y nosotros apenas una casa de huéspedes.

Todo está quieto aquí. ¿Somos sólo



en donde nadie llama? ¿No nos escucha nadie? Las huellas de la nieve las va borrando el viento. ¿No eres tú el falsán blanco y tus ojos los mismos que me miran en sueño?

Recuerdo el pavo real blanco de Lawrence. Confío en que los ojos que miran a Ludwig no sean los de Josefina La Cantante. Su segunda obra "The Marble Head" en traducción inglesa, de A.F. Moriz y Beatriz Zeller. Y la última "Un camello perfumado" jamás baila tango" (inglés-español).

El título me parece trabajado con la cabeza, armado, compuesto. Es humor alemán. El libro está formado por noventa y nueve greguerías o artefactos. Algunos, notables:

—Tanto pelean los surrealistas que quiebran los fantasmas.

—Enamorarse es preferir el suicidio a fuego lento.

—La decadencia de los vampiros se debe al uso de la sangre en polvo.

—Nadie recuerda más allá de su infancia.

—Sólo se es virgen una vez, no repetís la escena.

—La tijera es el matrimonio morganático entre dos cuchillos.

Evoca a Ramón. Otras de sus greguerías son menos angélicas. Ludwig Zeller crea sellos editoriales, envía cartas a todo el mundo, hace collages y mantiene en los helados inviernos de Toronto un entusiasmo prodigioso. Como él dice: Alguien está rascando las tinieblas.

Réquiem

A otra cosa. Del pasado-hoy-pasan-

● Ludwig Zeller edita poemas en múltiples idiomas. Desde Toronto, produce libros que preservan el culto surrealista.

● Reedición del "Réquiem", ópera magna de Humberto Díaz-Casanueva, sobre poetas y profetas.

1906
bertó Díaz-Casanueva. Y de lo que, tal vez, es su gran obra, el "Réquiem".

Cuando éramos estudiantes de Filosofía, en el viejo Instituto Pedagógico de Cumming con Alameda, nos cayó como de Alemania un severo maestro heideggeriano. Alto, solemne, hermético. Nos hablaba de Rilke. De pronto, otro profesor y amigo, Luis Oyarzún, nos cita al Forestal para leernos "Réquiem", la obra última de Díaz-Casanueva. Quedamos conmovidos, aplastados. Todos, por esos tiempos, redactábamos nuestros versitos. Ya antes Luis Oyarzún nos había revelado "El Cementerio Marino", de Paul Valéry, en la traducción de Oscar Vera Lamerain, y andábamos como tontos produciendo cementerios. Pero, ¡esto! ¿Cómo imitarlo? Hablaba del dolor de un poeta por su madre muerta. Las nuestras vivían.

La bendición de Gabriela

"Maravillada me dejó hace años leer el «Réquiem», magistral poema de Humberto Díaz-Casanueva —escribirá Gabriela Mistral—. Había perdido el

Lo califica como "uno de los poemas de nuestra lengua que no serán disueltos ni por la roña del tiempo ni por el atarantamiento de los críticos..."

Ella dirá luego sobre el hispanoamericano que "lee poco la tragedia griega". Poco, o nada. "... y este producto prócer suelta el zumo cuando se le mastica diez veces o —¡ay!— cuando ella ha acuchillado nuestra casa y nos ha dejado su betún hirviendo y marcador sobre el pecho".

Compara los versos de Díaz-Casanueva con los salmos de penitencia de David, con los De Profundis de la Iglesia de San Pedro en Roma.

"Se trata aquí de un ascenso no sesgado sino vertical. Sin embargo, todo hombre y toda mujer han tenido el grito del huérfano en el pecho cuando perdieron lo mayor y lo mejor que había sobre la pobre faz de la tierra: una madre. Ocurre que eso es el «patético», después de los griegos, ya «no se lleva»".

Nuestro poeta decidió llevarlo. En horas de prueba, de tránsito, de fuga de lo que amamos, corremos a la pala-



bras. Vigilamos nuestros arrebatos, tenemos vivo el pudor. No "hacer el loco", no "mostrar la hilacha", es nuestra exigencia; reemplazar el llamado trágico cotidiano por "la sátira o la mera chacota cómica", como dice Gabriela.

Y nada más que el llanto

Desde esa lectura, el severo profesor de Filosofía cambió de rostro. Le esperábamos al término de las clases. A veces nos íbamos a un cafetín que estaba a la salida del Pedagógico, listo, con su ofertorio de café con leche. Otras, marchábamos Alameda arriba oyéndole. Año de 1946, o acaso 48. El "Réquiem" fue editado en 1945. Ya habría escrito libros misteriosos como "El blasfemo coronado" y "Vigilia por dentro". Es decir, secretos los títulos. Yo miraba la ancha frente de Humberto buscando esa corona. Vinieron luego "La estatua de sal", "La hija vertiginosa", "Los penitenciales", "El Sol ciego", "Sol de lenguas". Nuestro grupo era irreverente. Pero jamás pudimos sacar de sus quicios humanos a Humberto Díaz. Melancólico, distante, y de pronto, amistoso, casi tierno en su trato. Tímido, como todo discípulo de Heidegger.

Vivíamos muertos de felicidad. Sospechábamos que el dolor ennoblece. Pero era algo que le sucedía a los otros. Esa primera audiencia del "Réquiem" nos llenó la imaginación de sonoridades rilkeanas, hoelderlinianas. Curiosamente, fue ese mismo tono nuevo, nuevo para Chile, el que entusiasmó a los poetas de la Generación del 38, surrealistas mandragóricos y neohuidobrianos.

Eduardo Anguita, quien epiloga esta nueva edición (Editorial Universitaria), recuerda el instante en que Humberto Díaz "encendió este hondo «Réquiem», antorcha funeraria que hace temblar".

Indagaciones

Un hombre hecho y derecho, empresario, quiere hacer poesía. Me pregunta cómo. Busca atajos. No ha leído nada. Ya está juntando palabras. Habla de la poesía como si fuera un banco de palabras. Yo le digo que hay que sacar palabras. Hay que matar todas las palabras sucias, impuras, y a las cenicientas convertirlas en princesas. No en-

tiende. Le exaspera el prosaísmo de ciertos poetas. Daría un salto con estos versos del "Réquiem":

Y en vano buscaré lo que ahora
está solamente dentro de mí y los
[parientes
susurrarán como desvalidos
y las hermanas con el rostro débil
[por el luto,
me mostrarán el lecho donde las
raíces de la muerte crecieron como
[locas.

Intensidad, violencia, verdad total. El lenguaje ya no importa. El poeta lo rompe, lo rehace. Toda la casa sentía que velabas —le dice el poeta a su madre...—. Yo te conozco, oh madre, yo sé que te has olvidado de apagar el anillo de oro/ y el reloj entre los dedos te sigue susurrando/ y las costuras llenas de signos te enredan los pies/ y la loza en que asomaba el día sigues secando/ y el pájaro que se abismaba en tu pecho sigues oyendo/ y las flores que vestías de blanco y rojo sigues regando y te falta el brasero/ del invierno para tus lentas manos ateridas en medio de las aguas.

Dos poetas escondidos

Zeller en Canadá. Díaz-Casánueva, en Chile. Nos atacan como carnívoras chaquetas amarillas, cantantes y "artistas". Hay unos huracanes empobrecedores, Monzones que nos apalean hasta matarnos. Pero revivimos con un verso de amor, con un gesto de dar oxígeno a la muerte. Hechos para prevalecer. Dos poetas trabajando, un poeta ciego que pula un cristal en medio de la oscuridad, un hombre que recuerde la palabra madre, nos vuelven a nuestra condición humana, que es la de la esperanza. ¡Si hubiera una iglesia profunda para encerrarme y pedir algo por ti, si hubiera/ una iglesia en el mundo!

Creo que nos ponemos tristes. Pero no hay tal. Zeller y Díaz-Casánueva exaltan la vida, la libertad, el amor, la memoria. Lo que entristece es el canto de los prisioneros del sí, del yo creo cualquier cosa. Las voces antiguas y nuevas de un poeta en su voluntario exilio y de otro que recuerda a su madre no deben sino confirmarnos en nuestra pasión por la libertad. No la apuren, ha sufrido tanto y luego no puede vivir dentro de la muerte sin mirarnos.